

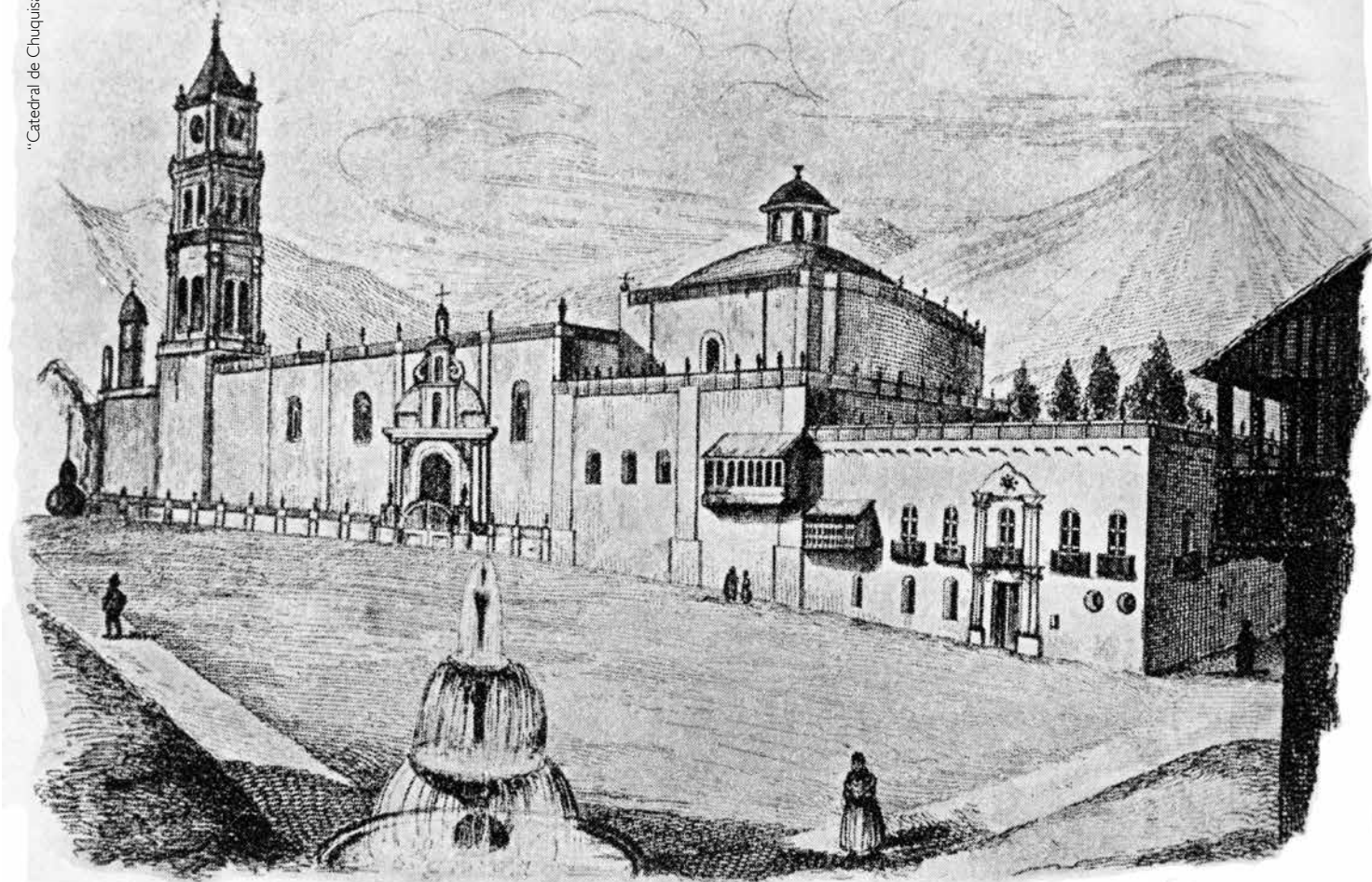
Thàlassa

"Paseo del Tamar en Santiago." Ilustraciones del libro
Antiguas ciudades de América, selección y prólogo
de Emma Felce y León Benarós, Buenos Aires,
Emecé, 1943

Marina Porcelli

QUÉ MEZCOLANZA, MI QUERIDA, DIJO MARCOS después de reírse, después de mirarme de costado. No se puso de pie para recibir el encendedor, sino que estiró el brazo todo lo que pudo, prendió el cigarrillo y luego siguió: hablo de un tipo de razonamiento, bien argentino, que consiste en detectar la teoría de la repetición de Kierkegaard en el Popol Vuh, por ejemplo, y más textualmente, el *así como se dijo, se hizo*; pero no me pongas esa cara, Lidia, o tendré que recordarte que aunque sean las seis de la mañana a vos te gusta, y mucho, escucharme hablar. Me reí. Fumando sobre la barraca, sentados sobre las mochilas —que habíamos cargado, en la ruta, durante al menos tres kilómetros—, no había más para nosotros que el pulso del mar que se agolpaba a lo lejos, mi alivio absurdo, y la mirada de Marcos, siempre de costado, al hablar de Thàlassa o de cualquier otra estupidez. Thàlassa, el mar, había dicho —y en algún momento yo iba a interrumpir ese fluir bajo de su voz—, alude al mito de origen y a la vuelta al hogar, cuando un grupo de griegos, en tierra extraña, señaló el agua y preguntó a los otros qué era eso. Sin embargo, de veras yo no lo escuchaba, o no atentamente todavía, ya que al llegar acá, al detenernos a fumar un cigarrillo en lo alto de este balneario que llamaban La Salina, luego de demasiados meses de viaje a pie, luego de demasiados meses desde que salimos de





Buenos Aires, sentí el alivio absurdo de quien alcanza una tregua. Absurdo, porque en rigor una tregua es sólo una especie de pausa, una demora que permite pensar. Que permite aquietarse y pensar, en realidad, antes de reventarse la cabeza contra las piedras.

Más de seis meses había sido tiempo suficiente como para salir de Tilcara, llegar a Perú, pasar por Bolivia, hartarse de todo en la frontera de Ecuador y pegar literalmente la vuelta. Me doy cuenta, sí, de que esto suena forzado, y un tanto estrambótico además, pero es imposible describir semejante parábola geográfica e incluso puede que hasta resulte inútil intentarlo también. Que baste, entonces, con decir que a esa altura —cuando ya Marcos se había empeinado en dialogar largamente con unos monjes chamanes en Coroico, cuando sucedió el robo de mis diarios de viaje y de una edición de *Ulises* antes de pasar por Lima, y el encuentro con una bruja descomunal, en Piura, que juró ser la madre de Marcos, primero, y después la mía—, a esa altura, digo, desperté una mañana completamente harta en un hostel con

baño compartido: harta de los hostales y de los baños compartidos, de nuestras borracheras y de nuestras artesanías, harta de viajar, de vivir a los tumbos, por lo que armé mi mochila para salir a la costa y, más luego, llegar a Arica.

Aguantándonos como podíamos, Marcos y yo cruzamos el norte de Chile a mediados de febrero y por fin alcanzamos Santiago: ciudad desde la que sólo nos restaba atravesar la pampa —la recta longitud de la pampa, dijo él, haciendo un gesto con la mano—, para volver a Buenos Aires. Y sin embargo, fue justamente en este punto donde me dejé convencer y en vez de regresar enseguida argumentando mi hartazgo, fuimos a un balneario cercano a Bahía Blanca, a una playa distante donde, para rematar el caso, nos toparíamos con sus amigos. Con una manga de renegados, querrás decir. Ahí, siguió Marcos, sin darme demasiada bolilla, volveríamos a escuchar el uso del *che* en las conversaciones de la gente, y a tomar mate a la tarde, y a indigestarnos, si tanto queríamos, con unas cuantas empanadas de carne. Entonces lo miré y me enfurecí y

le dije que la cortara, que estaba harta del nomadismo y esa reivindicación estúpida de nuestro sinsentido, hasta que él respondió que no pusiera cara de ofendida, cuando la ironía no estaba en las palabras tanto como en el oído. Y como yo no me reí, ni me sonreí siquiera, Marcos agregó que dejara mi mal humor en otro lado, que al fin de cuentas era bueno pasar el cierre de temporada en la playa. Así, en suma, fue como me dejé convencer, y una vez en la provincia, nos desviamos hacia el Atlántico. Thàlassa, el mar, dijo Marcos esa mañana, y su voz sonaba algo grave mientras el agua golpeaba a lo lejos, mientras yo me reía, o lo miraba de costado, o lo interrumpía con cualquier estupidez.

Thàlassa, por cierto, lo interrumpí, pero dejé de joder, es demasiado temprano para encastrar a los clásicos.

Pero antes de internarnos a pie en los resabios de la noche, Marcos se había despertado de golpe en el asiento del ómnibus, me había despertado, también, tocándome ligeramente el hombro, con ese modo entre taxativo y un poco impaciente que tenía él. Y yo me había asombrado, al principio, por estar dormida ya que no creí que fuera a dormir mientras miraba mi cara reflejada en la ventanilla, el contorno del pelo, de la mandíbula, y las pestañas de perfil, una forma impresa sobre la línea de la ruta, sobre el filo de la banquina y sobre el campo negro y más negro aún bajo las nubes que desgarraban la luna, y sólo así, sabiendo que era la única pasajera despierta en el vaivén manso del ómnibus, esa imagen me forzaba a reconocerme en la inmensidad detrás del vidrio, me instalaba en la vida y me hacía pensar esta soy yo, estoy acá, y en esta aceptación no hay lucha, no hay violencia, ni miedo. Pero me había dormido finalmente y me había despertado finalmente en el mismo momento en que Marcos me obligaba a bajar, convencido, porque vos estás loco, le grité, de que el ómnibus se alejaría de la costa en la primera curva.

De este modo, entonces, mientras nos frotábamos los ojos para despabilarnos, y yo lo seguía puteando por el arrebató, y nos atropellábamos ajustándonos

las tiras de las mochilas y acomodando las ollas y frazadas, de este modo, mientras él encendía un cigarrillo, orientándose en la blandura de la oscuridad, bordeamos la ruta que partía en dos la base del cielo. El arco de aire cada vez más vibrante, cada vez más dorado, por el amanecer. Ahora, en cambio, visto desde la barraca, el paisaje se desplegaba. Abajo, sobre la franja de arena, inventada para el turismo extranjero, una sucesión de construcciones de tronco, alambre y hamacas paraguayas —que todo el mundo llamaba cabañas, como supimos después, sin reparar en que tenían más de ranchos que de cabañas—, esta hilera, de una desprolijidad casi alarmante, se remontaba unos doscientos metros sobre la playa. De cara al mar, por supuesto, y también lo suficientemente alejada de la orilla por el viento frío del mar, ya que nuestra enormidad —cargada de algas, medusas y porquerías plásticas—, poco y nada se parece, si la miramos con franqueza, a las manzanas doradas del sol del Caribe, a la fecundidad mediterránea y, ni aún siquiera, a ese océano verde moco frente al que se sentaba a desayunar el joven Joyce.

En este punto, corazón, Marcos chupó el cigarrillo, después me miró, volvamos al principio y hablemos de los siglos umbríos, de una lengua nacida en Europa Central y llevada hacia el sudeste por hambre o hartazgo ante la vida. Exactamente como nosotros viniendo de Chile, fijate vos. Ya te conté que los griegos llegan, señalan el agua y preguntan a los paisanos qué es aquello. Ahora decime si no es significativo, o si no te maravilla tanto como a mí el vuelco que da semejante término. Es Thàlassa, el mar, responden los bárbaros. Un oscuro vocablo extranjero. Que los griegos entreveran con la lengua del *omphalos* —y atención ahí al verbo entreverar—, y lo incorporan al universo propio como una hermosa piedra basal. Por eso, siete siglos después, para los miles de griegos que se perdieron en Persia y llegaron a la costa gritando Thàlassa, el mar ya no les resultaba extraño sino un símbolo de regreso a casa. Aunque claro, sí, me doy cuenta de las implicaciones

que tiene decir esto. Ya sé que si ellos volvieron a Atenas fue porque sabían dónde quedaba, mientras que nosotros, en cambio... Pero ahí lo corté diciendo sea, que entendiera que desde Homero ya habían pasado casi tres mil años, tiempo suficiente como para que la cuestión convergiera, justamente, en nosotros, que a las seis de la mañana teníamos las mochilas llenas de artesanías y cervezas. Malo, malo. Sonriendo, Marcos me amonestó. Y alcanzame otro cigarrillo, dale, antes de que empiece a tenernos lástima.

Esta vez fui yo la que estiró el brazo lo máximo que pude para recibir el encendedor.

Nos quedamos un momento así, fumando en silencio. Sin embargo, cuando Marcos empezó a hablar de nuevo, yo solo iba a oírlo desde una especie de bifurcación de las palabras ya que, después de la pausa, por un lado correría su voz, el tono bajo de su voz encadenándose esa mañana, entre pitada y pitada de cigarrillo, y por el otro, mi necesidad de responder, o de responderme, mejor, y qué pasará con nosotros ahora. De esta forma, mientras él decía que la ecuación *quién es X* se resuelve contestando *qué hizo X*, porque los sentidos cambian todo el tiempo, te das cuenta, de acuerdo con lo que hagas o proyectés hacer, así, mientras lo escuchaba hablar como si estuviera en otra realidad que sin embargo compartíamos todavía, yo pensé y qué pasará con nosotros ahora. Ahora, que nos detuvimos acá, en este balneario, y que nos soportamos como en una especie de tregua. Por ende, siguió Marcos, y me alivió descubrir que sonreía, responder a eso, y responder por eso, equivale, de algún modo a fundar una ciudad. O una suerte de cosmogonía. Como sea, por fin arribamos al carozo de la cuestión, mi querida Lidia, pero antes de contestar te pido que te fijés un momento en el asunto, ya que *así como se dijo, se hizo*. Y ahora bien. Cuando vuelvas a Buenos Aires, qué vas a hacer con tu vida.

Lo miré. De frente, me miraba.

Ego introito ad altare.

Son las seis de la mañana, dije.

No, corazón, dijo él, girando el reloj en la muñeca, ya se te pasaron.

Y soltó la risa.

Después, Marcos tiró el cigarrillo sin terminar por el borde de la barraca y se puso de pie.

Vení, neófito, me dijo mientras yo también me ponía de pie para desperezarme, abriendo mucho los brazos, vení para acá que te bautizo.

Sin embargo, la realidad terminó por fracturarse. Y esa frontera que se imponía con mayor ferocidad me situaba de golpe, abandonándome, entre dos territorios. Pero por lo menos, no me obligaba a elegir. O no todavía. Aunque doliera, aunque el cuerpo se me partiera a la mitad. Podía continuar así, como demorada entre dos espacios, sin optar por ninguno de los dos, porque sabía que era justamente este aplazamiento el que me permitía estar con Marcos, ahora. Podía atrasarme, porque aún prefería la indecisión, o el dolor de esta indecisión, y la tregua con él. Lo miré. Mecánicamente, tomé la mochila que me alcanzaba y me la calcé sobre los hombros. Hoy, dijo Marcos, ayudándome a ajustar las tiras, cuando pasaron las seis de la mañana, a los veintiún días de febrero de mil novecientos noventa y siete, a seguramente más de quinientos kilómetros de la ciudad de Buenos Aires —y yo me demoraba, aunque doliera y no supiera qué hacer con ese dolor—, vos, Lidia Pan, con nombre venido de la región de Lydia, del Asia Menor, argentina, porteña, de veintitrés años y cincuenta y cinco kilos, y metro sesenta, agregué, al tiempo que Marcos buscaba su mochila y se la acomodaba en la espalda. Me miró. Y no sabía dónde situarme cuando se desataba ese dolor. Ante mí, siguió él, Marcos Iván Bril, Marcos en hebreo significa amargo, Iván, no hace falta que te explique Iván, también argentino, también porteño, artesano y poeta, de treinta y cuatro años y contingentemente sin afeitar, lo miré, casi nunca te afeitás, le dije, con setenta y dos kilos, siguió él, y metro setenta y tres, no

mientas, susurré. Entonces vos, Lidia Pan, dijo Marcos, vas a responder a esa pregunta, vas a responderte y responderme, cuando quieras, sin argumentos —alzó una pila de marmitas y un calentador—, sin causas —acomodé, entre las tiras cercanas a la cadera, el rollo de frazadas—, sin absolutamente ninguna justificación, vas a elegir qué hacer con tu vida sólo porque se te da la real gana, porque se te canta, ya que ese es el único modo de elegir. Nos miramos: Marcos movió las manos. Ambos, instintivamente, habíamos quedado en posición de largada: él, porque estaba loco; yo, porque aunque fuera errado y absurdo, aún quería seguir con él. Así nos mirábamos hasta que.

¡Ya!, gritó Marcos.

Y salimos corriendo hacia abajo.

Entender que no daba lo mismo haber llegado hasta acá y detenernos en este balneario, aunque yo todavía me emperrara en creer que sí —que todo es igual, que nada importa, en el fondo—, entender eso hasta saberlo de verdad solo iba a sucederme después. Casi dos meses después, cuando Marcos y yo hubiésemos encontrado al grupo y pasado tardes larguísimas tirados en la playa, haciendo artesanías o tejiendo o conversando o riéndonos simplemente, antes y durante las noches de borrachera porque la verdadera separa-

ción no ocurrirá hasta que deje de conversar con él o hasta que deje de imaginar conversaciones con él, hasta que deje de pensarlo y de encadenar un largo diálogo que se irá adelgazando, hasta que me resulte difícil recordar su voz, y hasta que recordarla ya no me duela.

Ahora, en cambio, agitados, eufóricos, habíamos llegado a la orilla tirando sobre la arena las mochilas y las frazadas y las marmitas, y saltando en un pie por vez para quitarnos las zapatillas, y levantándonos las botamangas para meternos directamente en el agua, mientras yo, sofocada por la corrida, le gritaba que debíamos dejar de fumar y él me contestaba que no, que a lo sumo debíamos dejar de correr. Y aunque a veces creo que ya desde esa mañana los dos sabíamos que todo iba a terminar, todavía tengo recuerdos así, recuerdos mansos y alegres que son como atrapar la eternidad con la mano. Marcos de pie sobre la orilla, cualquiera de los primeros días que pasamos en La Salina, hablando de Lewis Carroll o cantando “Confesión” con el fluir siempre bajo de su voz, hasta que su perfil, bruscamente, queda enfocado en el mar. Te das cuenta, Lidia, del color del agua, murmura sin dejar de sonreír, y de inmediato se da vuelta, apoya los dedos sobre mis hombros. Y ahora haceme un favor, enderezá la espalda. ▀

